

Con el paisaje al fondo*

Francisco de Gracia Soria

1. Miscelánea medioambiental

Si aceptamos que “en el mito encontramos un relato que pide ser creído sin ser verdadero” (1) será fácil ponernos de acuerdo en que la vinculación entre desarrollo y aumento de la población, presentada como verdad irrefutable, contiene todos los componentes de una construcción mítica y desarrollista. Sabedores, en efecto, de que en el imaginario colectivo de las sociedades tardomodernas sigue existiendo la pulsión desarrollista según la cual el crecimiento poblacional es en sí mismo un hecho benéfico (2), aun cuando esté comprobado que algunos de los países más satisfactorios lo son en gran medida por su despoblación relativa, lo que les permite incluir como parámetro destacado de su calidad de vida el disfrute existencial de amplios territorios poco colonizados. Además ha sido constatado que, aun desde supuestos economicistas, muchos descensos de población han reportado consecuencias positivas para quienes se han mantenido en el territorio (3). Decimos lo anterior procurando no olvidar que el fenómeno demográfico ha de ser observado también y sobre todo a escala planetaria, procurando no engañarse sobre un asunto hodierno y recurrente: el simulacro del desarrollo sostenible.

Lo que viene a continuación tiene algo de miscelánea medioambiental, pero trata de relacionar algunos conceptos-clave como fichas de ajedrez que pudieran interactuar para evitar el jaque-mate que se cierne sobre la realidad paisajística. De entre todos ellos reconocemos ya la primacía del factor población como pieza determinante, sabedores en todo caso de que en estos asuntos “sólo pueden ser optimistas los inconscientes, los imbéciles o los millonarios”, una declaración muy afilada atribuida por la prensa hace unos meses a José Saramago; un iberista con la apariencia moral de Séneca que tal vez observa desde su estoicismo una península donde todo evoluciona según principios contrapuestos a la conocida máxima del “vive de acuerdo con la Naturaleza”.

Es bien sabido que, partiendo de las declaraciones realizadas hace ya algunos años por la Comisión Mundial de Desarrollo y Medioambiente, practicar la sostenibilidad equivaldría a enfrentarse a las necesidades actuales sin comprometer la posibilidad de que las futuras generaciones se enfrenten a las suyas. Pero esa declaración con aire de sofisma no hace sino eludir el problema colocándolo entre interrogaciones hermenéuticas ligadas a la relativización del futuro: ¿cómo podemos presuponer las necesidades de las generaciones futuras sabedores de la capacidad de mutación y también de adaptación a las nuevas circunstancias del ser humano, incluso situado en el límite de la supervivencia? No, la cuestión no es esa. De lo que la sostenibilidad debiera ocuparse es de que las generaciones futuras puedan disfrutar como mínimo

de los mismos derechos y beneficios que nosotros en lo concerniente a relación con la Naturaleza, en una biosfera cuyos ciclos regeneradores no estuvieran ya agotados. En tal sentido es sabido, aunque poco reconocido, que la verdadera apuesta global en favor de un auténtico desarrollo sostenible sólo podrá jugarse si la especie humana deja de crecer, revisando asimismo su predominio antropocéntrico. Casi todo lo demás sobre ese concepto, tan prematuramente gastado, seguirá constituyendo una farsa, asentada en lo oficialmente correcto, para ser representada por los poderosos creadores de opinión con efectos encubridores.

El asunto es grave, porque la actual cultura ambiental es demasiado incipiente y todavía con poca capacidad de motivación política. Está poco articulada sobre consensos integradores, de modo que emite señales débiles y a menudo confusas. Por ejemplo, sobre la propia noción de conservación ambiental.

Lo que se ha denominado nueva “cultura del cuidado por las cosas” (4) sólo podrá construirse sobre el inicial cuidado de la Naturaleza, y también de los valiosos entornos antropizados, mediante prácticas medioambientales basadas en tres vectores suficientemente descritos desde diversas áreas de conocimiento:

- a) estabilización o reducción productiva de materias primas y objetos manufacturados
- b) prolongación de la vida útil de los productos, primando la calidad material y formal.
- c) reciclado de la mayor cantidad posible de materiales residuales, una vez agotada la utilidad de los objetos.

Partiendo de la aceptación de estos vectores, cabe hacer algunas extrapolaciones. Así, frente a la construcción efímera patrocinada por ciertos sectores vanguardistas a lo largo del siglo XX, sin tener en cuenta las consecuencias derivadas (escombros, improbables reciclados, coste energético, etcétera), en construcción parece más coherente apostar por la durabilidad, buscando soluciones física y funcionalmente válidas para perdurar en ciclos largos. Lo más antiambiental sería asumir las formulaciones de los futuristas italianos a favor de un hábitat nuevo para cada generación. En este sentido, a modo de excursión, recordaré aquí que nada resulta más alejado del estado convulsivo de las formas, propio de las vanguardias, que la imagen memorable, sedimentada y apacible, propia de ciertas poéticas del paisaje. Ya que la insurgencia implícita y explícita de las vanguardias va contra la Naturaleza como expresión matriz de lo que llamamos estetificación de la vida. La Naturaleza suministra constancia a la realidad evolutiva, como intuyeron los presocráticos, e invoca a la perennidad; por eso es rechazada y a veces destruida por las vanguardias. De ahí la radical ignorancia de los valores paisajísticos cuando esas vanguardias se adentran en el formalismo abstracto.

2. Cultura de la conservación

Una cultura de la conservación implica, sin duda, una nueva mentalidad que tal vez pudiera concretarse en medidas como las siguientes: desarrollar los valores del espíritu frente a los valores materiales; trabajar menos, aunque tal vez de manera más eficiente; estabilizar o incluso reducir el producto interior bruto de ciertos países; y algunas otras. Nada que no se haya teorizado, aun cuando pudiera ser presentado además como parte de un mundo posible, todavía poco descrito, que barruntamos pudiera ser ilusionante frente a las utopías del género *Blade Runner*, aunque también poco interesante para buena parte de los sectores productivos (5).

En efecto, la incipiente sensibilidad ecologista, casi asfixiada por la exuberante logorrea acerca de la sostenibilidad, no ha sido capaz todavía de establecer criterios de valor suficientemente consensuados para regular la producción de objetos de acuerdo con la nueva era que supuestamente se avecina. Mucho menos en lo referente a edificación, donde la ética de la no-construcción debiera estar incluida en las enseñanzas deontológicas de las escuelas o facultades de Arquitectura, cuando, por el contrario, profesores que actúan de voceros de la mal llamada Arquitectura sostenible, al tiempo se emplean sin pudor en la liquidación de parajes de extraordinaria calidad medioambiental. Algunos se creen demiurgos capaces de redefinir la relación entre Arquitectura y Naturaleza, pero son simples agentes inmobiliarios del gran simulacro tardomoderno y como tales desconocen la moral de lo bello natural.

Lo cierto es que ni desde la política ni desde la ficción literaria, ocupada más bien de fabulaciones fatalistas, cuando no apocalípticas, se han descrito verosímiles mundos posibles alternativos a los que virtualmente han emergido auspiciados por la tecnoproducción y la superartificialización, como ocurrió con Nueva Babilonia (6), aquella ciudad fantasmal propuesta por Constant. En alguno de esos mundos posibles, no formulados, junto a una cultura productiva revisada debiera potenciarse una cultura de la conservación. De todo aquello que consideramos valioso, en primer lugar de la biosfera como receptáculo global; y entre otras cosas también del medio físico de calidad y de los territorios poco poblados.

En ese marco, primar la calidad constructiva tendría consecuencias medioambientales profundas. Partimos de un supuesto comúnmente aceptado en el mundo de la Arquitectura, y es que un edificio ecoeficiente es, sobre todo, un edificio bien construido. Bien construido significa, desde luego, correctamente aislado y adecuadamente relacionado con el exterior a través de su envolvente externa, sin necesidad de apósitos epidérmicos de alta tecnología; pero sobre todo significa duradero. Dando también por supuesto que la teoría arquitectónica debe resituarse en un contexto cultural de nueva factura que incluya el parámetro ecotecnológico, pero no necesariamente en clave de alta tecnología.

Por decirlo de otro modo: la práctica arquitectónica debe aceptar como techo de sus aspiraciones los topes que se derivan de los propios límites físicos y paisajísticos de los lugares, procurando la ecoeficiencia. Un asunto decisivo sería la meditada elección de materiales (7) y procedimientos constructivos; sin embargo, los actuales formalismos arquitectónicos presentan grandes déficits en el cumplimiento de objetivos ambientales y, sobre todo, paisajísticos. Carecen además de enjundia teórico-conceptual que los justifique dentro del complejo o delicado sistema físico (8) en el que se instalan. Y esto es aplicable a buena parte de la edificación que trata de venderse bajo el marchamo de la sostenibilidad. Debiéndose tener en cuenta, además, que la sostenibilidad energética (prevalente en el debate actual) apenas tiene nada que ver con la trabazón formal que el proyecto arquitectónico exigiría si verdaderamente queremos comprometernos con el paisaje. Sin olvidar nunca que el primer compromiso con el entorno puede ser la no-construcción. Este compromiso pudiera promoverse desde supuestos éticos, pero además debe estimularse desde estrictos supuestos estéticos. La llamada buena arquitectura, como juicio de valor emitido desde el seno de la disciplina, no es condición suficiente para obrar correctamente en términos paisajísticos, salvo si se procura ese engaste con el soporte físico, prolongando la simbiosis formal entre los sistemas biótico, geomorfológico y arquitectónico. Aquí todo puede estar lleno de sutilezas, pero la autonomía de lo construido entraña el riesgo de toda inadaptación y justifica otras inadaptaciones que inevitablemente se convierten en anomalías respecto a lo natural y a lo construido. Reconozcamos que a la Arquitectura se le ha permitido durante demasiado tiempo una relación laxa con las formas preexistentes de los lugares y una acusada frivolidad aplicada al paisaje.

Producir formas, más o menos singulares, al margen de todo canon, método, o criterio integrador es bastante cómodo e irresponsable. Parece olvidarse que el interés del descubrimiento se acrecienta cuando la forma proyectada puede interpretarse como decantación singular de un sistema de relaciones compartido o, al menos, intuido por otros y fuera de la cultura de lo efímero. En este sentido puede ser adecuado recuperar elementos de la teoría de patrones manejada por Christopher Alexander, quien defendió que el diseño debiera estar basado en la experiencia, según patrones (*patterns*) verificados. Pero hoy es difícil validar los planteamientos metodologistas en una era antimetodológica. Han pasado muchos años desde que Alexander definiera la noción de sistema del siguiente modo: "cuando los elementos de un conjunto se agrupan porque cooperan o colaboran de alguna manera, decimos que el conjunto de elementos es un sistema" (9).

Asumir los límites del sistema en el que operamos implica reconocer la pluralidad de vertientes disciplinares y metodológicas que interactúan en su seno dificultando el análisis de su

complejidad, que sólo será desentrañable con cierta honestidad intelectual. En tal sentido debiera hablarse en primer lugar de límite para el conocimiento, aunque el desarrollo fundado en los valores del espíritu nos parezca ilimitado. Respecto a la conciencia del límite aplicada al conocimiento hay que señalar que el aprendizaje también ocupa tiempo y lugar. Si esto último no fuera cierto carecería de explicación la forzada aceleración de los procesos de conocimiento en nuestros días.

Aceptar los límites del sistema significa también entender que una superpoblación zonal sólo podrá mantenerse indefinidamente si logramos como contrapeso la existencia de regiones poco pobladas, y que la superproducción concentrada en ciertos territorios sólo será sostenible si conservamos otros casi improductivos como cortafuegos de un proceso de naturaleza invasiva a la espera de los grandes arrepentimientos. Ciertamente, desde la pasada década de los años 80 en círculos filosóficos y prospectivos se viene hablando de la necesidad de asumir una conciencia del límite para las generaciones contemporáneas. Es decir, se llama la atención acerca del convencimiento de que la sociedad global no podrá alcanzar un equilibrio saludable si no acepta un desarrollo cualificado y selectivo ante la presencia de límites. Uno de los valedores de esa conciencia del límite, Ezio Manzini, decía en 1992 (10) lo siguiente: 'los grandes principios éticos como, por ejemplo, la idea de respeto por la naturaleza...', aún no se han traducido en escenarios ambientales convincentes'. A fecha de hoy poco se ha avanzado en este sentido y desde luego en España más bien se ha retrocedido desde aquellos años en gran medida como consecuencia de nuestro específico submodelo de crecimiento basado en la acromegalia del sector inmobiliario.

3. Elogio de la despoblación

El acelerado aumento de población urbana estuvo asociado en la Europa del Norte a las fases primarias del desarrollo industrial. Son etapas hace tiempo prescritas, incluso en España, pero que todavía subyacen en el inconsciente colectivo de ciertas sociedades que han pasado en pocas décadas desde una cultura agraria y artesanal a la postmaquinista, sin haber vivido la fase paleoindustrial. En la segunda mitad del siglo XX se han condensado atropelladamente procesos técnicos y culturales correspondientes a dos centurias, mientras se ha sufrido una readaptación demográfica por despoblación que ha afectado a amplias extensiones territoriales de la península ibérica de suyo no demasiado pobladas.

Dado que todo proceso socioeconómico arrastra consecuencias positivas y negativas, bueno sería que las sociedades afectadas superaran ciertos residuos victimistas (11) y se centraran en los aspectos positivos que presenta su actual situación ante un nuevo marco de relaciones productivas y culturales ilusionantes. Pienso especialmente en las calidades reales, o fácilmente regenerables, que presenta su me-

dio físico, nunca bien apreciado aunque poco alterado todavía, precisamente como consecuencia de la despoblación padecida en las décadas pasadas.

Supongamos, para nuestra sincrética reflexión, que las verdaderas señas de identidad de ciertos territorios se explicaran por su relativa despoblación estructural, como ocurre con algunas regiones españolas. Pues bien, en la actual era de la movilidad y la cibernética llama la atención nuestra incapacidad para promover una alternativa que extraiga los beneficios de la baja densidad de población, dentro de ese gran proyecto global que algunos han denominado Telépolis (12). Por lo demás, sabemos que no es fiable manejar de modo convencional determinados factores socioeconómicos en una sociedad en mutación continua. Así, los parámetros demográficos nos informan equivocadamente sobre aspectos sustanciales relativos a la calidad de vida o al bienestar urbano. La baja natalidad puede quedar corregida por la inmigración, a menudo no censada, mientras que el número de matrimonios no significa gran cosa en la época de las parejas de hecho y del poliformismo familiar.

La contrapartida de la despoblación es la existencia de un bien verdaderamente estratégico si somos capaces de utilizarlo como parámetro fundamental en un nuevo modelo de calidad de vida: territorios y paisajes poco antropizados, en grandes retazos, aunque actualmente muy amenazados. Se trata de un bien peligrosamente escaso y por ello necesitado de protección, pero de gran proyección en la futura sociedad del bienestar, cuya presión para participar de los bienes de la despoblación acabará liquidándolos si no actuamos con previsión.

En los territorios poco poblados debiera aceptarse sólo un turismo minoritario compatible con una sociedad postindustrial que, sectorialmente, intentara volver al campo por convenciones bien distintas a las derivadas de la mera subsistencia. Ello es posible merced a los factores siguientes:

- a) la presencia eficaz de un sistema de movilidad y transporte
- b) la existencia de redes informáticas de intercambio a distancia.

Con lo anterior nos referimos a grupos sociales plenamente orgullosos de su condición campestre, con independencia del sector productivo al que pertenezcan, una vez superado el viejo victimismo labriego que en ciertas comarcas incorporaba una componente fatalista. Se produciría así un reacomodo en el medio rural de acuerdo con un nuevo patrón productivo que admite el trabajo a distancia con medios cibernéticos, pero sobre todo en consonancia con ese nuevo sistema de calidad de vida.

Naturalmente también podría renovarse la producción agropecuaria, que en estos territorios sería escasa pero de calidad reconocida. Con o sin denominación de origen, pero con

etiqueta de garantía, se habría de producir selecto al precio que hoy puede ser pagado. Se trataría de un modelo productivo diametralmente opuesto al de la industria agraria, vigente por ejemplo en comarcas como las de Nijar-El Ejido, cuyos efectos para el paisaje resultan devastadores, amenazando incluso a la propia industria turística. Concretamente en nuestro país podrían y deberían superarse así dos etapas agropecuarias que se han sucedido a partir de la Guerra Civil: la de la generación del hambre, con una economía de subsistencia, y la de la producción cuantitativa y subsidiada, nada selectiva, fácil de mecanizar y a menudo excedentaria. Sobre un tercer modelo, el de la producción inteligente, hay experiencias europeas asimilables. Pensando en Francia como país vecino, cabría señalar ciertos ejemplos posibilistas. Así, tanto Bretaña como Provenza, dos regiones lejanas entre sí, tienen una asentada tradición agroganadera donde se aúnan producción selecta e imaginativa. En ambas la conservación del patrimonio rural y paisajístico presenta logros destacados que para algunas regiones españolas pudieran ser estimulantes.

4. El pasado como referente

Todo lo anterior sin olvidar la mirada retrospectiva. La gran falacia de la modernidad ha sido construir el mito de la neofilia: un modo casi religioso de enaltecer lo nuevo o lo vanguardista por el mero hecho de serlo, aunque a menudo sólo lo pareciera. Sin embargo, deberíamos preguntarnos responsablemente: ¿hemos verificado acaso todo lo dado por viejo antes de declararlo inservible? En tal caso reconoceríamos, por ejemplo, que las sociedades occidentales no han logrado siquiera desarrollar al completo algunos valores aportados por el Siglo de las Luces, hoy desposeído de su condición de faro de la modernidad [13].

Sorprende la aparente imposibilidad actual de un pensamiento retrospectivo que suministre clarividencia para los retos futuros utilizando elementos ideológicos y culturales del pasado erróneamente arrumbados. Cabría recordar en este sentido las aportaciones de Franco Purini, sobre un aspecto sectorial del asunto, apuntando que las técnicas de invención en Arquitectura no hacen sino fundir los materiales del pasado "en los moldes de la contemporaneidad" [14]; algo bien distinto a ver el pasado con los ojos de los muertos.

¿No habría que conectar lo anterior con lo que se ha llamado el pasado como proyecto? Y en esa dirección ¿no cabría afirmar que cualquier utopía medioambiental sólo cabe situarla en el pasado? No obstante, el desarrollo tecnológico, con su poder de fascinación, nos viene empujando hacia el futuro de modo prepotente. No hay sitio para el pasado ni como nostalgia ni como heterodoxia al dogma de la neofilia. El pasado ha sido deslegitimado hasta tal punto que su presencia como depósito de valores para la orientación del progreso social ha sido abolida. Nos olvidamos de nostálgicos ilustres como William Morris a quien recordó Cornel West, un filósofo pragmático, en un debate con Rem Koolhaas, se-

ñalando su ideología revolucionaria [15]. También de que ciertas modalidades de progreso social radican en el pasado, arrinconadas, a la espera de ser reactivadas. Pero arrumbar costumbres o modos de vida en nombre de la modernidad no garantiza el acierto en su sustitución.

Hoy, quienes se oponen al cambio por el cambio, no deberían tacharse de reaccionarios, precisamente porque la mutación obsesiva es una componente esencial del sistema dominante. Lo perturbador, en cambio, puede ser la mirada retrospectiva que busca en el pasado no tanto la Arcadia perdida como los canales cercenados que hubieran desembocado en otro modo alternativo de estar en el mundo, haciendo distinto lo que en Heidegger era el *Buan*, el habitar la tierra, para quien "los mortales habitan en la medida en que salvan la tierra" [16].

Precisamente, lo que algunos han denominado topogénesis tiene que ver con la idea heideggeriana de hacer lugar salvando la tierra, aplicada al construir. Esta idea la reactualiza Christian Norberg-Schulz [17] cuando apuesta por la noción de lugar frente a la más abstracta de espacio, tan grata esta última para el Movimiento Moderno.

De ser así, cabría alguna esperanza para el paisaje como construcción perceptiva a partir de la contemplación estética del territorio. En ese sentido la nueva construcción habría de reformularse en términos de cantidad y calidad. En tales circunstancias la arquitectura y la ciudad históricas también se conservarían y se reutilizarían sin las dudas actuales sobre su papel diacrónico en los procesos de transformación acelerada hoy vigente. Obrarían como antídoto contra la cultura de lo efímero.

Como mínimo hoy se hace aconsejable una cultura conservacionista, asociada a una conciencia general a favor no sólo de la protección del medioambiente, sino especialmente de su regeneración; lo que no implica necesariamente restaurar supuestas condiciones prístinas, un tanto desconocidas, sino más bien trabajar sobre la antropización de hecho, remodelando con cierta visión retrospectiva, pero sin caer en la nostalgia paralizante. Pudiera cobrar sentido, en tales supuestos, una nueva materia de estudio: la historia evolutiva de los territorios. Pero si todo esto parece ser deseable, y muchos ya lo anhelan, ¿qué sentido tiene seguir maltratando el territorio o aspirar a salpicarlo mediante ese crecimiento disperso e incontrolado que los anglosajones denominan *sprawl*? ¿No estaremos transfiriendo a las futuras generaciones una sobrecarga ecológica demasiado onerosa para su virtual conciencia regeneradora?

Recordemos para terminar que todo discurso medioambientalista con connotaciones éticas contiene una actitud generosa con la posteridad. Sin embargo hay casos especiales donde los procesos degenerativos del medio físico o el paisaje son tan acelerados que el sentimiento de pérdida deja de ser un asunto transgeneracional para convertirse en un problema de memoria vital, sin que la lejanía histórica difumine lo

que pudo ser y no es. Debe ser nuestra generación la que reclame ya su derecho sensorial a no vivir entre territorios esquilados contemplando paisajes maltrechos.

(1) Roger Scruton, *Cultura para personas inteligentes*, Ediciones Península, Barcelona, 2001, p. 17.

(2) Un reciente titular de EL PAÍS afirmaba: "El líder del PSOE insiste en que España necesita que nazcan más niños" (23 de julio de 2007). Dos días antes, en el mismo diario, se había publicado un artículo sensato y lúcido de Gabriel Tortella titulado "¿Es oportuno fomentar la natalidad?"

(3) Esto ocurrió, por ejemplo, en amplias regiones españolas afectadas por la emigración de los años sesenta y setenta.

(4) Véase el libro de Ezio Manzini titulado: *Artefatti. Verso una nuova ecologia dell'ambiente artificiale*. Domus Academy, Milán, 1990.

(5) A modo de ejemplo: en lo concerniente al sector del automóvil cabe implantar una alternativa, ya formulada, consistente en reducir el parque de vehículos sustituyendo el sistema de propiedad por otro basado en el alquiler temporal generalizado.

(6) La propuesta de Constant, miembro del grupo COBRA y afecto a la Internacional Situacionista, vaticinaba un mundo en el que la Naturaleza quedaba totalmente sustituida por la tecnología. La sociedad de Nueva Babilonia, totalmente mecanizada, sería nómada, pero se movería dentro de una megaestructura sin contacto con el exterior.

(7) Sorprende que entre la abundante Arquitectura presentada como bioclimática o ecológica aparezca el uso de la madera de modo abusivo. A menudo es de procedencia tropical y dudosamente sometida a procesos de regeneración productiva.

(8) Cuando se incorporan a la ciudad histórica son formalmente autistas y cuando se insertan en el medio natural son parasitarios.

(9) Se trata del ensayo titulado *La ciudad no es un árbol*, publicado en *The Architectural Forum*, en 1965.

(10) Precisamente en la presentación de la edición española de su libro: *Artefactos. Hacia una nueva ecología del ambiente artificial*, Celeste Ediciones, Madrid, 1992.

(11) Pienso particularmente en ciertos lemas como ¡Teruel existe! O ¡Soria ya! Que nacen del sentimiento de olvido institucional y que bien pudieran sustituirse por otro: ¡pocos pero no tontos!

(12) El concepto de Telépolis, manejado por Javier Echeverría (Premio Nacional de Ensayo en el año 2000), supone reconocer una forma de sociabilidad que acepta la dispersión geográfica gracias a la movilidad y, sobre todo, gracias a la comunicación telemática.

(13) Una parte del compromiso ecologista actual conecta con el pensamiento naturalista ilustrado. No debieran olvidarse tampoco las aportaciones de los fisiócratas. Un arquitecto tan significativo como Ledoux, influido por Rousseau, desarrolló una ideología con componentes fisiocráticas y protoecologistas.

(14) Véase "La arquitectura didáctica". En particular el ensayo titulado: "El problema de la composición arquitectónica". Edición COAAT de Murcia, 1984.

(15) En *AV MONOGRAFÍAS*, número 91.

(16) Martín Heidegger, "Construir, habitar, pensar". En *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.

(17) Christian Norberg-Schulz, *Genius Loci*, Editoriale Electa, Milán, 1979.

Título Parte

Bibliografía

AA.VV., *La cultura de la conservación*, Madrid, Fundación Cultural Banesto, 1993.

Bürger, Peter, *Teoría de la Vanguardia*, Barcelona, Editorial Península, 1987. Edición original *Theorie der Avantgarde*, Suhrkamp Verlag, 1974.

Heidegger, Martín, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.

Manzini, Ezio, *Artefactos. Hacia una nueva ecología del ambiente artificial*, Celeste Ediciones, Madrid, 1992.

Scruton, Roger, *Cultura para personas inteligentes*, Ediciones Península, Barcelona, 2001.